



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XL Zaragoza, 2 Sepbre. 1938. - III Año Triunfal Núm. 921

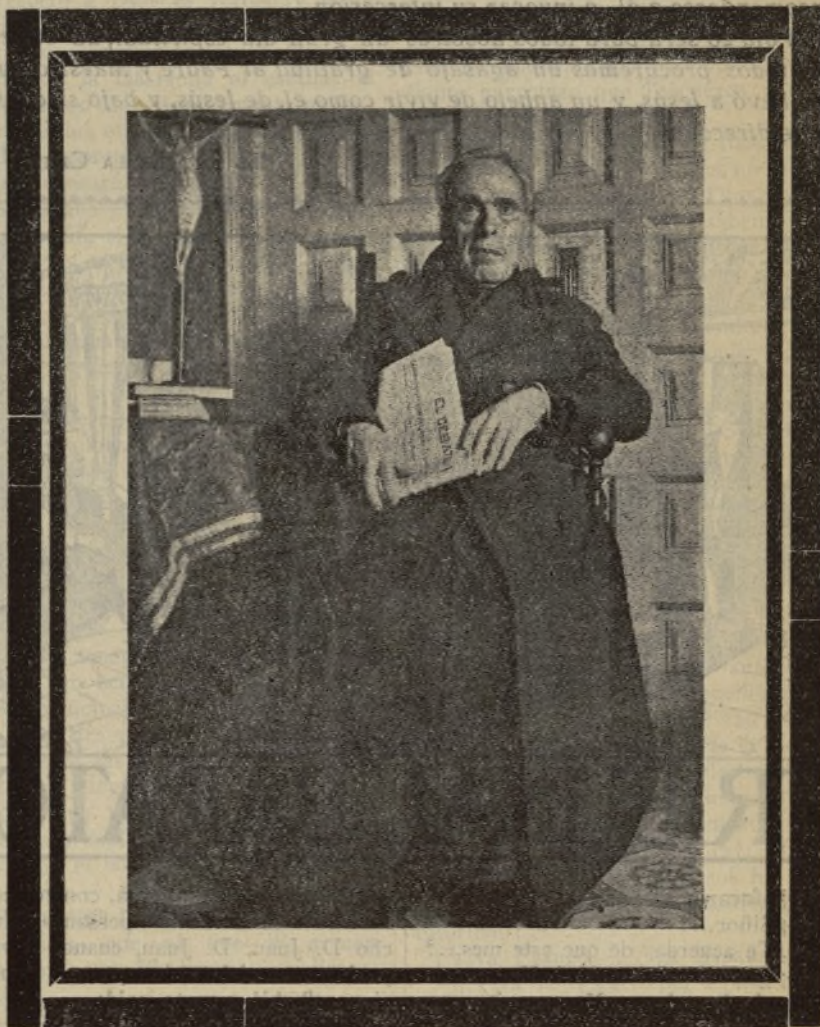
CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

Saludo a Franco «Arriba España»



M. I. Sr. D. Juan Buj García

Canónigo

Fundador, Director y Propietario
de "El Eco de la Cruz"

Murió santamente
el 26 de Septiembre de 1935

R. I. P.

La Redacción y Administración de "EL ECO DE LA CRUZ" le dedican, en el día del tercer aniversario de su dichosa muerte, este sencillo homenaje de constante veneración y cariño filial, y lo recuerdan a la gran familia de sus hijos y lectores.

Ayuntamiento de Madrid

EL DIA DE DON JUAN

El día 26 se cumple el tercer aniversario de la muerte de D. Juan. No necesitamos de esas fechas solemnes para acordarnos de él. Podemos aplicarnos aquellas palabras de S. Pablo: «...pues aunque tengais diez mil maestros no teneis muchos padres, pues en Cristo Jesús yo os he engendrado».

D. Juan es el Padre de «El Eco de la Cruz»; lo trajo a la vida y se la siguió dando de continuo como a su hijo predilecto. Para «El Eco»... era su preocupación principal; lo mejor de su tiempo y de sus pensamientos, de sus anhelos apostólicos y aun de sus ambiciones y sueños evangélicos. «El Eco» había llegado a ser la proyección exterior más fiel de su espíritu. «El Eco de la Cruz» vivía del espíritu de D. Juan y era preciso que no le abandonase cuando se marchó al cielo. Así lo hemos procurado con una fidelidad que nos exigían la veneración y la seguridad de su protección.

No es esta fecha renovación de lágrimas y de dolor. En el momento de la separación sentimos nuestra propia flaqueza y lloramos con amargura nuestra orfandad espiritual. Todavía, después de tres años, queríamos no habernos separado. Pero es otro el plan de Dios y ese ha de ser también el nuestro. Vivimos aquí para ganar el cielo. D. Juan ya terminó felizmente su prueba; alegrémonos. Ha triunfado. Nos precede solamente, y nos asiste y nos ayuda. S. Pablo nos dice: «Nuestra vida, nuestra preocupación, es el Cielo...» Alegrémonos, vamos cara al Cielo o como decía D. Juan, cara casa.

No hay día en que no pidamos por él y a él nos encomendamos, como lo hacen tantas almas agradecidas que le deben su santificación. Pero son muchas las personas a quienes no les ocurre pedir por D. Juan, sino encomendarse a él, o invocar su intercesión.

El día 26 será para todos nosotros un gran día espiritual, un día en que todos procuremos un agasajo de gratitud al Padre y Maestro que nos llevó a Jesús, y un anhelo de vivir como él, de Jesús, y bajo su constante dirección.

EL ECO DE LA CRUZ



TRIBUNAL BARATO

—¡Macario...!
—¡Síñor...!
—Te acuerdas de que este mes...?
—Que sí m'alcuerdo! No me se quita de la cabeza. No nesecito que me lo recuerden; y es que le tenía

mucha lay, pero de verdá, con tol corazón, no como muchas personas. Mucho D. Juan, D. Juan, cuando vivía y ahora no s'alcuerdan pa naa, como si no s'hubía muerto naide.

—El mundo es así, con el tiempo

¿Quién es esta?

En este número, dedicado a la memoria de D. Juan, copiamos esta bella y delicada poesía suya.

¿Quién es esta que sube hasta el trono de Dios y allí se posa, más rauda que el querube, cual claro sol hermosa y allí reina feliz, santa y dichosa?

La Rosa:

Mi Reina, la graciosa nazarena que albo color me dió, y a la azucena.

La Violeta:

Mi Maestra, la sencilla enamorada que se ruborizó al ser saludada.

El Ave:

Mi Musa, la constante golondrina la de honda compasión y fe divina.

El Mar:

Mi Estrella; si la invoca el marinero me hace de su oración un prisionero.

La Noche:

Mi Dueña; y así todas mis estrellas de su paso en mi manto son las huellas

La Luna:

Mi Señora, y por eso de su planta el escabel soy yo que su amor canta.

El Sol:

Mi Amada; de mis rayos el más [fino] la ciñe cual un cingulo divino.

El Padre:

Es mi Hija, y entre todo lo creado la sola concebida sin pecado.

El Hijo:

Mi Madre: desde el Gólgota divino por tal te la dejé ¡oh, peregrino!

El Espíritu Santo:

Mi Esposa; y es por ello la dadora de toda luz y gracia desde ahora.

¿Quién es esa que sube hasta el trono de Dios y allí se posa? Es Reina, Guía, Nube de gracia, Toda hermosa, Estrella, Musa, Hija, Madre y Esposa.
J. BUJ.

se olvidan y se acostumbran a todo.

—Pero eso no está bien.

—Claro que no.

—Cuando m'alcuerdo de la vida que llevaba... El, antes de hacerse de día se devantaba, que paecía un duende, no se pa qué madrugar tanto, con lo bien que s'está en la cama pal invierno. Y dempues en la ilesia venga a confesar gente y luego que a esta junta, que a escribir, que al Tribunal, que a las monjas, que a pedricar... y tol mundo con D. Juan que no lo dejaban sosegar. Y ahora...

—Pocas personas habrá que dejen una familia tan numerosa y que le recuerde con más cariño.

—El tió Pelagatos de mi pueblo, que aun era suegro de una prima de mi cuñada, tuvo once hijos y se murió a los setenta y ocho años y tenía más de cien nietos; y en Almochal, que está tocando, cuando se murió la

tiá Francisca la *Esgarrapata* tenía nietos y sobrinos por tol mundo en las Américas y en Güenos Aires y en Inglaterra...

—No me refiero a la familia carnal sino a la espiritual. Don Juan ha dejado una familia numerosísima en el confesonario, de un cultivo espiritual muy elevado y perseverante y son familias distribuidas por todas partes; pero sobre todo la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, que casi en su totalidad ha recibido de él su formación espiritual y se ha extendido por España y América llevando el perfume de su espíritu a los hospitales y colegios; y además "EL ECO DE LA CRUZ", con sus cuarenta años de constante predicación y sus millares de lectores, tan encariñados que son ciertamente una familia espiritual, formados en sus enseñanzas, que leían regocijados y esperaban siempre con afán.

No lo dudes, todos esos miles, cientos de miles, le ofrecerán ese día sus comuniones, misas, sacrificios...; y muchas, muchísimas no le olvidan ni un día y le tienen presente en su corazón y piensan en él para guiarse por su ejemplo luminoso y sus palabras que parecían y eran un eco celestial.

—To lo que usted quiera. Pero bien poco se les conoce a muchos. A mí, cuando m'alcuerdo, hasta me se quitán las ganas de comer; que no saben aun lo qu'era el señor Mago. Yo qu'hi vivido cutio cutio con él tantos años, yo sé lo qu'hi perdido; que daba gozo velo, que paecía un ray u más, con tanto saber; y tan güeno que yo estaba todo contento na más de saber qu'estaba en casa. Me paecía que paraba nuestro Señor, y quería tanto al Corazón de Jesús que con él me paecía que ya estaba seguro pa too.

—Tienes buen corazón y querías de veras al señor Mago y él también te quería. Pero estás equivocado al pensar que hay que pasar la vida siempre triste y llorando cuando se nos ha muerto un ser querido. También en esto nos dió gran ejemplo D. Juan. No lloraba cuando se morían los buenos. No lloró cuando murió su madre; sabía que iba al cielo y eso le consolaba.

—Pues aquí toos lloremos cuando murió D. Juan.

—Es verdad y no está mal; es propio de nuestro cariño y nuestra debilidad. Pero pasa el tiempo, se serena el alma, y vemos a los nuestros en el cielo y hemos de estar contentos de que gocen de Dios; y hemos de habituarnos a sentirnos rodeados de los ángeles de la guarda y penetrados y sostenidos por la protección de los que gozan de Dios. Así lo creemos piadosamente de D. Juan que vivió para sus obras y ahora, que puede más, las ha de atender con mayor interés y eficacia. Piensa, pues, sí, en D. Juan, pero has de pensar que te

escucha, te atiende y te alcanza de Dios gracias espirituales que necesitas y te sostienen.

—Tamién él lo decía, pero a eso no llegamos; hay que ser mu güeno.

—Pues a procurarlo, que D. Juan nos lo ha enseñado y él supo siempre llevarnos a Dios.

Tilín... tilín...

—¡Adelante!

—Con su premiso...

—Adelante, adelante.

—Güenos días tenga usted.

—Buenos días nos de Dios a todos.

—Ahura estará usted contento.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ahura no se siente una blasfemia por dengún puesto.

—Es verdad; ¡gracias a Dios! ¡qué peso se me ha quitado de encima! Era una amargura muy grande oír tanta infamia. ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué paciencia teneis! Por todas partes tanta inmundicia moral y tanta abyección. No se puede comprender cómo ha podido el hombre llegar a blasfemar ¡cómo ha podido llegarse a blasfemar de continuo, por rutina y sin protesta, ni aiarma de los hijos de Dios, de los cristianos!

Y el remedio era fácil. Ha bastado que la autoridad lo haya tomado en serio. Es cierto que el ambiente es otro y estaba bien preparado; ahora el respeto a Dios es verdad y hasta oficialmente se le venera y estima. Por eso espontáneamente había desaparecido la blasfemia al estallar el Movimiento salvador. Aunque no hubiera hecho otra cosa merecería bien de Dios, porque eso es lo principal y no me cansaré de repetirlo, ¡Dios es EL PRIMERO! y hay que empezar siempre por ahí, si no todo irá mal. Pero hay entre nosotros infiltrados y emboscados hombres viciosos, malos y traidores; esos comenzaron a atreverse a blasfemar y como nadie les castigaba siguieron con sus procaces blasfemias y se iba notando ya; se extendía de nuevo. Ha sido una oportunidad admirable la del señor Gobernador y el señor Alcalde castigando con multas la blasfemia, que serán de una eficacia absoluta.

Aunque no necesiten nuestra excitación ni nuestro aplauso les aplaudimos con entusiasmo y gratitud, seguros de que—entre tantas cosas buenas como tenemos que agradecerles—lo que han hecho contra la blasfemia es lo principal de toda su labor, lo que Dios les premiará más y lo que les atraerá las bendiciones del Señor más que ninguna otra cosa.

Por muy grandes que fueran los castigos y multas son siempre pequeños; con el blasfemo no puede haber compasión y vemos con alegría que no se levanta la mano en este asunto.

—Amos, que al que le arrean una multa de 50 duros... ya l'esco-cerá...

—Claro que sí, y para eso lo ha-

cen. En otros tiempos de epidemia liberal se pretendía que en la conciencia y en los asuntos religiosos no se mezclase nadie. Creo que el mundo va curando de esa lepra. Italia—el gran Musolini—es la primera que ha sabido y tenido el valor de hablar contra la libertad del liberalismo, contra la libertad del mal, la única que defienden los liberales. No hay libertad para el mal, para injuriar, para blasfemar, para pecar, en una palabra, como decían nuestros abuelos. Por eso las leyes prohíben y sancionan el mal. Y aunque el que se contiene no cambia de modo de pensar, aunque el blasfemo siga en su interior ofendiendo y aborreciendo a Dios, no es ocasión de escándalo, no facilita el pecado ajeno, al contrario, se forma un ambiente de respeto que hace que todos se habitúen a la veneración y crece en la conciencia del hombre la grandeza y majestad de Dios, intangible e inviolable. Además, el acto exterior es como una proyección del interior y como un molde de la disposición del alma; el respeto exterior constante forma el respeto interior y hace que el mismo blasfemo, se corrija y llegue a ver como cosa monstruosa lo que antes hacía con despreocupación o con impiedad.

—¡Déjese, señor Mago de tanta retórica! A mi burro no le sirve pa naa las razones; le arreo un güen varazo y va más drecho qui una vela. Son mesmamente qui una bestia; valiente garrotazo que l'escuezca y ascape s'alcuerdan de too.

—Realmente son como bestias, peor aún, porque una pobre bestia no blasfema nunca, ni ofende a Dios; son pobres desgraciados que no saben usar el don precioso de la libertad que Dios les ha dado. Tienen la mano en el volante de su auto y no saben ni quieren ir por el camino espléndido del deber, sino por los despeñaderos; y así necesitan una tutela continua, como los niños pequeños, para mantenerlos dentro del orden. Son muchos la mayoría, los que cuando la autoridad se impone obran bien y hasta están contentos del nuevo estado de cosas en que reina el orden, la eficacia, la fecundidad, la abundancia y la alegría de tener parte en aquella maravilla grandiosa de la sociedad bien regida. Así vemos la marcha próspera de los países autoritarios cristianos, en que el pueblo está compenetrado con la autoridad y la ama con delirio. Pero si falta la autoridad, todo se disgrega y deshace; y aun los mismos hombres buenos claudican o se vuelven con frecuencia remisos en el cumplimiento del deber.

¡Bendito sea Dios, que nos ha enviado un hombre que mantiene la autoridad!

¡Viva Franco! ¡Viva España!

—¡Viva la Virgen del Pilar!

—¡Viva!!

EL MAGO

Olor de Cristo

EN LA SOMBRA

Más de una vez hemos disfrutado penetrando en esta vida oscura de D. Juan y vamos hoy, en su aniversario, a insistir porque refleja de un modo ingenuo uno de los aspectos más interesantes de su espíritu.

Entre las características de D. Juan hemos visto ya de modo predominante la simplicidad, la identidad continua de su alma. No tenía dualidad o multiplicidad espiritual. Era siempre el mismo en privado y en público, en la vida oficial y en la privada, en la vida exterior y de relación y en la intimidad de su pensamiento y afectos.

No hay, pues, como en tantos hombres la sorpresa de hallarnos ante una vida extraña, ni menos espiritual, ni de inadvertida austeridad.

Sin embargo había algo oculto, y estaba oculto estando a la vista de todos. Y es lo más atrayente y ejemplar de su vida de apóstol y de maestro y guía de las almas.

Don Juan sentía al vivo aquella promesa de Jesús: "donde se congreguen dos o tres en mi nombre allí estoy en medio de ellos".

Jesús ha dado una eficacia divina a la asociación de sus hijos. D. Juan quería comprometer siempre a Jesús en sus empresas. Mejor aún, se sentía su ministro y quería asegurar la empresa haciendo que fuera cosa de Dios, teniéndole siempre presente y amo en todo.

Por eso donde quiera que estaba brotaba la asociación de almas anhelantes de trabajar por Jesús. No se movía nunca sólo; siempre iba bien acompañado.

Veía a Dios en todas partes pero le sentía más en la soledad, en el retiro y el silencio, que tenían para él un encanto seductor.

Reunía a tres o cuatro personas buenas y sencillas y les proponía trabajar por la gloria de Dios con aquel fuego que tan fácilmente prendía en sus oyentes. Parecía un iluminado. A veces dejaba a su imaginación a brida libre en sueños de ilusión y ambiciones santas y ya se vislumbraba un mundo renovado y santo. Lo más frecuente era no descender velo ninguno y proponerles una labor sencilla. Pero siempre ponía el mayor empeño en la propia santificación, que era lo principal y lo que asegura el contacto divino que da la eficacia.

Los neófitos se veían ante un mundo nuevo, sentían ansias misionales y unos afanes espirituales que nunca habían sospechado. La vida espiritual aparecía de un relieve extraordinario y lo veían en el fondo de todas las cosas y como lo único de interés en la vida.

¿Qué harían? ¿dónde? ¿cómo?

No sabían. Se abandonaban al maestro llenos de un gozo y confianza desconocidos.

A veces eran seminaristas; a veces otros seglares; las más de las veces gente joven, casi niños, pero también personas ya granadas. En todas partes brotaban estos grupos escogidos.

Se les llamaba "Escuelas de amor de Dios", y ya hemos visto en otras ocasiones que comenzaban siempre con la oración, y había un poco de lectura espiritual, cuenta de la labor u obra encomendada y colecta de oraciones, sacrificios, etc.; y colecta de limosna, terminando también con la oración. D. Juan aprovechaba la oportunidad para exhortar y orientar, y su palabra era siempre el fuego de la reunión. Siempre salían de la junta con nuevo ánimo de ser mejores.

Pero lo más característico de estas reuniones era el *secreto* en que se movían. Desde el primer momento se prometía guardar absoluta reserva y se cumplía con toda fidelidad. Y esa reserva era su garantía, su libertad y su vida.

Nuestro Fundador se movía con desembarazo en plena luz en todas direcciones, pero conocía bien el mundo y veía las dificultades insuperables con que se pretende estorbar la acción de Dios.

Es la burla que el mundo hace de todo lo que no es la rutina de siempre; es la envidia, son mil miserias con que se persigue a los nuevos apóstoles. El *secreto* los pone a cubierto de toda lucha; se camina libremente sin enemigo y los movimientos se desarrollan con facilidad. La acción se prepara concentrada y aparece al exterior como espontánea dando un resultado mayor. Además es la salvaguardia de la misma acción, porque se evita el yo, no hay éxito personal, no hay incentivo de vanidad que es lo que envenena y pierde casi todas las obras.

En aquellas juntas misteriosas se elaboraba un plan de comunión, de propaganda, de lo que fuera; y la intención era limpia, pues lo bendecía Dios y todos quedaban en la sombra, sin que saliese al exterior el verdadero agente.

En ese secreto se veían tan libres de insidias y ataques, que parecía que estaban en otro mundo espiritual fuera del alcance de envidias y censuras, y la propia debilidad se sentía fortalecida. En aquellas deliciosas reuniones flotaba un ambiente sobrenatural que elevaba el alma; se veían rodeados de almas escogidas y la unión espiritual de todos llenaba de santos deseos.

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar 10- Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRICION

De	1 ejemplar de cada número, al año.	2'00
2	"	3'00
3	"	3'75
4	"	4'50
5	"	5'00
10	"	10'00
15	"	12'50
20	"	15'00
25	"	16'50
30	"	18'00
50	"	26'00
100	"	45'00

Entrar en una junta de aquellas parecía algo del Cenáculo y de las Catacumbas y tenía un atractivo fascinador. Los *iniciados* se distinguían—sin pretenderlo—por su vida interior y ceño abnegado, eran entre sí los mejores amigos y siempre tenían sobrada materia de conversación hablando de *sus cosas*. Hasta llegó a publicarse a velógrafo un "Boletín" con alfabeto inventado y que evitaba en absoluto, si caía en otras manos, que nadie se enterase. Se editaba en el convento de Santa Inés y el editor era el sacristán, que luego fué el R. P. Luis Urbano, O. P., martirizado en Valencia.

Allí se formaron D. Luis Colomina, D. Jorge Vives, D. Urbano Alías, D. Mariano Moragrega, D. Pablo Auria, D. Luis Sarria, D. Manuel Puyo, D. Manuel Adán, D. Segundo Cantero, D. José María Gil, D. Saturnino Solete, D. Serapio Griñón, D. José María Blasco, D. Silverio Fleta, D. José Pellicer, D. Francisco Ros, D. Luis Doñate...; todos se habrán reunido ya al Padre y Maestro. Aún viven algunos que no es prudente nombrar y que al leer estas líneas renovarán el placer de aquellos días de encanto, los mejores de su vida.

JUAN DE LA CRUZ